

RENOVEMOS NUESTRO "CANTO DEL SEÑOR"

Comenzamos una semana de canto promovida por CIMBRA, la II en el Nordeste. Me pidieron esta conferencia inaugural en la que abordaré algunos aspectos de la espiritualidad de nuestro canto litúrgico y monástico.

Se trata de un canto que está al servicio de la oración, de un canto que es en sí oración, de un canto con significado profundamente teológico, por ser dirigido a Dios; cristológico, por ser este Dios el Padre de Jesucristo y Cristo es el Gran Orante; eclesiológico, por ser el canto de la "Ecclesia orans", esencialmente comunitario.

Afirmamos, pues, el carácter objetivo de nuestra oración del Opus Dei. En ella escuchamos la Palabra de Dios, hablamos a Dios con esa misma Palabra o inspirados por ella; el propio Cristo, por medio de su Espíritu, es quien ora en nosotros, realiza en nosotros el "sacrificiūm laudis", canta en nosotros el "cántico nuevo" de los rescatados aunque no estemos totalmente en la Patria sino seamos todavía peregrinos en esta "terra aliena", tierra extranjera de la que nos habla tan hermosamente el salmo 136.

Y es en esta tierra extranjera donde tenemos, por vocación, que anticipar el "cántico nuevo". Los hebreos en el exilio eran invitados a cantar el canto del Señor cuando, desolados, habían abandonado sus arpas y cítaras. Los verdugos les pedían que cantaran sus cánticos, sin duda como nosotros pediríamos a extranjeros que nos alegraran con algunos de sus cánticos folclóricos. Pero, no podían. El canto hebreo era un canto sagrado. ¿Cómo cantarlo lejos de Jerusalén, en tierras paganas? Mientras tanto, los exiliados no querían dejar de recordarlo: "si no me acuerdo de ti, Jerusalén, que se me pegue la lengua al paladar", es decir, que ya no haya más posibilidad de ningún canto.

*La M. Mectildes, Abadesa del monasterio de N^{ra} S^{ra} del Monte, Olinda (Brasil), pronunció esta conferencia en la VI Semana de canto organizada por CIMBRA, en Garanhuns, del 8 al 13 de enero de 1991.

Probablemente ustedes no conozcan uno de los hermosos poemas de Dom Marcos Barbosa compuesto cuando todavía era joven laico y firmaba Lauro Barbosa. El poema, "El Canto del Señor", es una paráfrasis del salmo 136:

"Quomodo cantabimus canticum
Domini in terra aliena"(Ps 136)

Cómo cantaré el canto del Señor en tierra extranjera
los cañones no lo dejan oír,
el ruido de las máquinas tapa mi canto.
Cómo cantaré el canto del Señor en tierra extranjera.
Mi canto es por demás fuerte para los oídos afeminados de los
hombres;
se han acostumbrado al grito sin esplendor de la máquina y del
cañón.
Pero llegará el día en que yo cantaré el canto del Señor
y todos callarán para oírme.
Mi canto será agradable para los oídos divinos,
los Ángeles me acompañarán
los hebreos sacarán sus cítaras de los saúces
¡porque el tiempo de la alegría ha vuelto!
El canto nuevo se cantará con toda plenitud.
Se unirán a él las voces de monjes y de monjas(*)
el ruido de vientos y flores.
Pero mientras no llega el día del canto nuevo,
yo cantaré el canto del Señor en tierra extranjera
para dar testimonio de la Verdad.
Y mi canto se elevará como el furor de los cañones y de las
máquinas
santificando la Sinfonía del mundo.

El canto siempre fue elemento importante en todos los cultos, en todas las religiones. Así es hermoso, aunque extraño para nuestro oído occidental, el canto sagrado hindú, unas veces alegre pero sobre todo grave y lastimero, que clama por la unidad cósmica sintetizada, dicen, en el "OH", sonido primordial de toda la creación. El canto de los musulmanes, también hermoso, no deja de agredir

(*) Me atrevo a sustituir "hermanas" por "monjas". Seguramente Lauro Barbosa no conocía el coro de las monjas.

nuestros oídos cuando cantan desde lo alto de las azoteas, en altoparlantes con voces guturales que invitan a la oración a lo largo del día. El canto de los hebreos nos impresiona por su suavidad, alegría y esperanza de quien vive una historia de amor con Yahveh que lo salva.

En la Escritura el primer canto que encontramos es el de Moisés (Ex 15,1-21) que celebra la travesía del Mar Rojo, primera gran intervención de Dios que libera a su pueblo del cautiverio egipcio, profecía de la liberación fundamental del cautiverio del pecado en Jesucristo y, por eso, himno pascual. Le siguen muchos otros, hermosos y patéticos, ricos en sabiduría. Dios se revela a su pueblo por los labios de una humilde Aña, de una intrépida Débora con su canto de una belleza salvaje, de Judit que invita a la alabanza con címbalos y tambores, y a través de los salmos y de los cánticos de los profetas. Lamentaciones de Jeremías, esperanza de Isaías que contempla la gloria que ha de venir en Jesucristo y con Él la paz, la armonía de los corazones, de los pueblos y del universo.

Aquel día se cantará este cantar en tierra de Judá: "Ciudad fuerte tenemos; para protección se le han puesto murallas y antemuros... Confíad en el Señor por siempre jamás porque en el Señor teneis una Roca eterna. Porque Él derroca a los habitantes de los altos a la villa inaccesible; la hace caer, la abaja hasta la tierra, la hace tocar el polvo; la pisan pies, pies de pobres, pisadas de débiles" (Is 26,1-6).

"Será cantado un cántico en el país de Judá", es como si el profeta escuchase a lo lejos el Magnificat de María, Madre del Mesías anunciado.

Profetas, salmistas, poemas, y canciones que contienen todos los sentimientos, sufrimientos y aspiraciones del ser humano, toda su respiración, su soplo vital por el cual pasa el soplo esencial del Espíritu. Cánticos cargados de Promesa, a veces de lamentación, a veces de alabanzas; lamentación que muchas veces estalla en alabanza, tal es la certeza, la esperanza de la oración hebrea y cristiana. Apoyada en la fe, la esperanza es la virtud del caminante, capaz de llevar a Elías a caminar más de cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Monte Horeb, para contemplar al Señor.

Después del Benedictus, en el umbral del Nuevo Testamento, el Magnificat abre de hecho la era mesiánica, Cristo presente en el seno de María. Saludado por Simeón, justo y profeta, el mismo

Cristo cantará más tarde los himnos de la Sinagoga y compondrá solemnemente "el cántico de las bienaventuranzas".

Escritos paulinos y joánicos: himnos cargados de teología, revelarán los misterios de la Nueva Alianza. Los salmos a la luz de Cristo, adquirirán nuevo esplendor. Finalmente el Apocalipsis cantará los preludios del "Gran Día" del Señor, Dios que entrega el destino del mundo al Cordero proclamado Santo y Señor, "Aquel que era, que es y que vendrá", "digno de recibir la gloria, el honor y la fuerza".

Esté es el contenido principal de toda nuestra Liturgia. Por elló la invitación de Pablo:

Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Cantar con la voz, cantar con el corazón, cantar con la vida. Ustedes conocen el hermoso párrafo del sermón de San Agustín que generalmente leemos en la memoria de Santa Cecilia. No voy a leerlo todo tan solo el comienzo:

Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo. Despojaos de la vejez, pues conocéis ya un cántico nuevo. Un hombre nuevo, una alianza nueva y un cántico también nuevo. El nuevo cántico no pertenece a los hombres viejos. Este cántico nuevo no lo aprenden sino los hombres nuevos, aquellos que han sido renovados por la gracia, despojándose de la vejez y que pertenecen a la nueva alianza que es el reino de los cielos, por él suspiran todos nuestros anhelos, a él cantamos un cántico nuevo. Pero que no sea solo nuestra lengua sino también nuestra vida entera la que cante un cántico nuevo.

El Santo Padre Juan Pablo II está invitando a toda la Iglesia y especialmente a América Latina a una "nueva evangelización". Podríamos, dentro de esta admonición papal, pensar en renovar el Canto del Señor. Cantarlo es evangelizar y no podemos dejarlo envejecer, pues está unido a nuestra profesión monástica y nos hemos comprometido a dedicarnos a él al servicio de la Iglesia.

Vamos a encarar esta nuestra Semana de Canto como una respuesta al llamado del Santo Padre: para una "nueva evangelización", una renovación del "Canto del Señor". Mientras la guerra, la agresión, los asaltos, las drogas, el pecado nos amenazan tanto

a nosotros como al mundo, vamos a cantar con "nuevo ardor" el canto de los redimidos.

Nuestras voces son nuestro instrumento musical primordial: Dios nos dio cuerdas vocales, cajas de resonancia, oídos afinados y nosotros nos olvidamos de que este instrumento necesita de cuidados, necesita ser afinado, ser "pulido" así como hacen los grandes pianistas antes de un concierto.

Y ustedes, además de esto, constituyen o están llamados a constituir dentro del monasterio, de la "escuela del servicio del Señor", otra tarea más específica: la "Schola cantorum". Conocen el significado de la palabra "Schola": no es un lugar donde solo se obtienen informaciones y estudios teóricos sino un lugar de formación, de vida en crecimiento que pide naturalmente un aprendizaje básico, de solfeo —melodía, ritmo— y afinación. Pero pide más: aprender a rezar, cantando, aprender a convivir, cantando, aprender a servir a la comunidad, cantando. Ser sostén, ser animador del coro monástico es una hermosa misión que exige mucha virtud, mucha paciencia y madurez humana. Y también fe para crecer en virtud y en madurez a fin de alcanzar la plenitud en Cristo Jesús, para la que entraron en el monasterio. Entonces todo estará dentro del mismo proyecto monástico.

Ser cantor en el monasterio no es por tanto una simple cuestión de poseer una hermosa voz impostada y tener conocimientos musicales. Es algo mucho más amplio y profundo. En primer lugar se trata de buscar el ser monje en todas las dimensiones del "ora et labora" especificado en la Regla Benedictina. A ustedes el canto litúrgico les pedirá una dedicación mayor: estudios específicos, mayor número de ensayos y ejercicios en grupo, pero también mucho trabajo individual en busca de una mayor seguridad en sus funciones corales, verdadero ministerio litúrgico. Ciertamente podrán alegar el problema del tiempo, pero debemos preguntarnos si el tiempo de que disponemos es realmente aprovechado, si no lo desperdiciamos por una falta de disciplina individual o grupal, si no podremos hacerlo rendir más. "Tiempo es cuestión de prioridad", ha dicho alguien, y allí se esconde una verdad. Sería muy bueno si esta semana los ayudase, entre otras muchas cosas, a crecer en la disciplina coral, a adquirir o renovar las actitudes básicas necesarias para un trabajo serio en nuestras comunidades.

Además, San Benito nos apunta dos elementos que deben ser tenidos en cuenta:

1. Las comunidades monásticas están constituidas por miembros diversos: más cultos, menos cultos, musicalmente afinados o desafinados, temperamentos distintos, jóvenes y ancianos, todos llamados a la alabanza comunitaria, al *Opus Dei*.

2. A este *Opus Dei* San Benito, de manera realista, lo llega a llamar *servitutis pensum* (RB 50,4), obligación, tarea que hay que realizar. Y lo hace en un momento preciso, cuando el monje está de viaje. Nosotros sabemos cuán difícil es rezar el Oficio cuando estamos de viaje, cuando hay tantas solicitudes extraordinarias y un cansancio mayor. Sabemos también que, independientemente de las salidas, el Oficio Divino puede pesar a nuestra naturaleza por su ejercicio cotidiano, por las preocupaciones y los trabajos que nos solicitan. Y uno de nuestros mayores enemigos es, sin duda, la rutina. Están además los problemas de salud, de envejecimiento, de sufrimientos psicológicos y espirituales. Las comunidades, como las personas, son vivas y están siempre en movimiento, lo cual implica tensiones y dilataciones. Secundando al abad, ustedes también tendrán, a su modo, que adaptarse a los "diversos caracteres" (RB 2,31). Por su voz, las comunidades deberán respetar e incluso privilegiar a la "*Schola cantorum*".

Con este realismo tenemos que trabajar vida y canto. Misión difícil, pero altamente gratificante. En el ejercicio de esta función comiencen por amar a sus comunidades tales como son. El gran desafío será siempre el de equilibrar el ideal de un hermoso canto —la alabanza más digna posible a nuestro Dios— con la paciencia necesaria, sin olvidar que ustedes también han de cargar sus límites; ustedes también tendrán que ser apoyados por la comunidad y tendrán necesidad de ella. Necesitarán escuchar con humildad a sus superiores y a su comunidad.

Es bueno soñar alto, pero es preciso tener los pies en la tierra, caminar orgánicamente, sufriendo y cantando, pudiendo constatar de vez en cuando que crecemos en nuestra alabanza comunitaria, sabiendo que cada comunidad es única, y por eso también el coro monástico, cada coro, tendrá su belleza propia. ¡Es hermoso un coro con voces jóvenes! ¡Pero este también requiere voces con experiencia y a veces las voces endurecidas de los más antiguos! Nos parece oír la voz de San Benito: "Respeten, pues, los jóvenes a los mayores y los mayores amen a los jóvenes" (RB 63,10). Esto debe comenzar en el coro, en la Liturgia, para extenderse a todo el día,

a fin de que toda nuestra vida, todas nuestras actividades, "Omnia glorificetur Deus".

Que el Señor, con sus gracias y bendiciones nos conduzca en estos días y podamos regresar a nuestras comunidades con un nuevo entusiasmo y nuevas posibilidades en relación con el fin que nos hemos propuesto.

Mosteiro N. Sra. do Monte
Praza N. Sra. do Monte, s/n.
BR-53240 Olinda (PE)
Brasil